

Sea lo primero, á ejemplo de Jesucristo, dejar en el sepulcro los despojos de la muerte, esto es, abandonar todo lo que te puede hacer recaer en el pecado: sea lo segundo, como el hijo de la viuda de Naim, hablar, esto es, confesarte como Dios manda; y lo tercero, comer como la hija del príncipe de la sinagoga, es decir, comulgar con la debida disposicion; tres medios para resucitar verdaderamente.

Sale Lázaro del sepulcro, y sale envuelto en una mortaja: ved aquí la triste imágen de muchos pecadores que se confiesan de sus pecados, pero que conservan lo que debian dejar, causa de que despues padezcan una segunda muerte. No resucita así Jesucristo, que debe ser el modelo de nuestra espiritual resurreccion; no sale del sepulcro con los piés y manos atadas como Lázaro: ¡la muerte se ase á su cuerpo; mas se desprende de ella con tanta facilidad, como José dejó su capa. Salgamos, pues, del sepulcro de nuestros crímenes; dejemos la esclavitud de nuestras pasiones, abandonemos en la sepultura fétida del pecado, todos los despojos de la muerte. No permita ya mas el avaro que sus manos estén ligadas con sus injusticias. No conserve mas el impúdico atados sus piés con el criminal apego á las criaturas: rómpanse todos esos lazos de la muerte: déjese al mundo, sus secuaces y todo lo que nos hizo morir en él: victoriosos de los placeres prohibidos, no llevemos con nosotros alguno de aquellos fatales despojos que nos pueden impedir el imitar á Jesucristo resucitado: dígase de nosotros lo que del Señor dijo el ángel á las Marías: *Resucitó, no está aquí.* Ese hombre que poco antes era tan desreglado, ya no está en el sepulcro; resucitó, está contrito, es penitente.

Cuando Jesus resucitó al hijo de la viuda de Naim, que llevaban á enterrar, deteniendo á los que le conducian, se acercó al féretro, y dijo al difunto: Levántate, que yo te lo mando: al punto se levantó y comenzó á hablar, y Jesucristo se lo entregó á su madre. Ved aquí el segundo medio que hay para resucitar bien, hablar. ¿Quereis resucitar á la vida de la gracia? Pues hablad, esto es, descubrid á los ministros de la Iglesia el fondo de vuestra conciencia sin ocultar cosa alguna. Es necesario hablar clara, distintamente y sin disimulo. ¡Cuidado con las confesiones hipócritas, porque éstas nos conducen á una irremediable condenacion!

SEGUNDO DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

Este Domingo se llama comunmente el Domingo del Buen Pastor, con relacion al asunto del Evangelio, que se lee en la Misa. Parece que la Iglesia se ha propuesto en la festividad de este dia, celebrar por decirlo así, ó á lo ménos honrar en particular la mansedumbre del Salvador del mundo. El Introito, la Epístola y el Evangelio, todo nos predica la bondad de este Padre de las misericordias, el ejemplo de mansedumbre de este divino Redentor, la caridad estremada de este buen Pastor para con sus ovejas, el que vino no solo á volverlas al redil, sino tambien á dar su vida por ellas. Aunque la mansedumbre es uno de los rasgos mas vivos del verdadero retrato del Salvador, y el que hizo como su virtud predilecta durante su vida mortal; puede decirse no obstante, que jamás pareció mas sensible que despues de su Resurreccion: en prueba de ello no es menester sino traer á la memoria sus diversas apariciones, sus instrucciones, sus reprensiones mismas, y todas sus palabras.

Aunque la solemnidad particular de la gran fiesta de Pascua se termina en su octava, es decir, en el Domingo de Cuasimodo, no sucede lo mismo con lo que se llama tiempo Pascual, el cual dura hasta el sábado de la octava de Pentecostés. En todo este tiempo el oficio es mas alegre, está lleno de aleluyas, no se arrodillan al rezar el oficio divino; y todo esto en memoria de la Resurreccion: tampoco se ayuna segun los cánones, y en muchas Iglesias no se dice sino un Nocturno en tres Salmos y tres lecciones, como en la semana de Pascua. San Ambrosio llama á todo el tiempo Pascual una octava de semanas, porque las siete semanas hacen cuarenta y nueve dias, y la octava semana es la de Pentecostés. Estos cincuenta dias se celebran como el Domingo; porque el oficio es en todo semejante al de los Domingos; y como no se ayuna en Domingo, y se ora á Dios en pié, dice Tertuliano: la Iglesia durante todo el tiempo Pascual, guarda todavía esta costumbre. En el segundo siglo de la Iglesia se miraba como una falta grave, como una especie de irreligion, ayunar el Santo dia de Domingo, el que siempre se ha mirado como la octava perpetua de la fiesta de la Resurreccion. Todo el tiempo que está con ellos el Esposo, de-

cia el Salvador, no pueden ayunar. Este es el motivo porque en la Iglesia no se ayuna hasta despues de la Ascension. Entre los judíos, los que tenían algun motivo particular para asistir á la fiesta y ceremonia de las bodas, pasaban los primeros dias del casamiento alegrándose y divirtiéndose, y se llamaban los amigos del Esposo. Jesucristo es el verdadero Esposo de la Iglesia, con la cual contrajo la mas estrecha alianza. Así, mientras que sus discípulos tenían la dicha de poseerlo, no era justo que viviesen en la afliccion. Luego que le hubieron perdido de vista por su gloriosa Ascension á los cielos, su vida no fué otra cosa que una cadena de penalidades, de trabajos, de persecuciones y de penitencia. Todo el tiempo Pascual es propiamente el tiempo que los amigos de este divino Esposo estuvieron visiblemente con él: por eso la Iglesia pasa todo este tiempo con un santo gozo, y en una alegría espiritual.

El Introito de la Misa de este dia empieza por estas palabras tan llenas de consuelo del Salmo 32: *la tierra está toda llena de los efectos de la misericordia de Dios*: alabémosle, porque derrama sobre nosotros con tanta abundancia los tesoros de su misericordia. Con solo una palabra produjo los cielos: en favor nuestro hizo este estupendo milagro; y estos cielos anuncian á gritos, tanto su poder, como su bondad para con nosotros. No cesemos, pues, de bendecirle y de cantar sin cesar sus alabanzas. Justos: celebrad con alegría la gloria del Señor; en ninguna boca parecen mejor que en la vuestra sus alabanzas. Despues de haber ensalsado David en el Salmo 31 la dicha de los que viven en la inocencia, exhorta en este á los justos á alabar al Señor; y les suministra mil motivos para hacerlo así, en el poder y sabiduría de Dios, y sobre todo en su misericordia, la que hace admirar en todas sus obras.

La Epístola de este dia se tomó de la primera carta de San Pedro, en la que se nos propone la paciencia y mansedumbre de Jesucristo, como modelo de la que debemos tener nosotros en todos los accidentes adversos de esta vida. Ninguna cosa mas propia y mas eficaz para inspirarnos esta paciencia y mansedumbre, que el ejemplo de Jesucristo; dice este apóstol: Jesucristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigais sus pisadas. ¿Puede dárseos leccion de paciencia mas eficaz que el ejemplo del mismo Jesucristo? En el mundo nos quejamos de la inundacion de adversidades, de las cruces tan abundantes que nacen en todos los esta-

dos; de las aficciones que derraman tanta amargura en todas las edades y condiciones de la vida. Si tuviéramos una cabeza criada en las delicias y prosperidades mundanas, harta de honras y de gloria, segun el espíritu y el gusto del mundo, pudiéramos quizá quejarnos de la dureza de nuestra condicion; pero cuando se vé á nuestro soberano Maestro, á nuestro Rey, á nuestro Dios, á nuestro modelo, nacido en una condicion oscura, en la mas extrema pobreza, criado en las humillaciones, harto de oprobios y de tormentos, ¿tenemos motivo para quejarnos? Y si fué preciso que el Maestro, el Hijo único, el heredero de la gloria padeciese para entrar en posesion de ella, ¿nosotros míseros esclavos, nos atreveremos á extrañar que se nos haga merecerla, que se nos dé al mismo precio y al mismo título? Que los impíos, suele decirse, sean tratados con rigor, que vivan en la afliccion, nadie tiene derecho para murmurarlo; pero que los justos, que unas almas inocentes pasen los dias en los lloros y en las humillaciones, ¿qué cosa mas repugnante? ¿Pero qué se tiene que replicar, cuando se piensa que este Hombre de dolores, tratado toda su vida como el último de los hombres, es la misma inocencia? El que no cometió ni pudo cometer ningun pecado, el que es la misma verdad, ¿por ventura se quejó de los malos tratamientos que le hacian? ¿Dijo que era una injusticia lo que se ejecutaba con él? ¿Con qué paciencia se entregó al que lo condenaba injustamente? Jesucristo en medio de ser inocente quiso padecer por los pecadores: ¿qué no debemos pues hacer nosotros para espiar nuestros propios pecados, y para cumplir en nuestra carne, á ejemplo de San Pablo, lo que falta á las penas y tormentos de Jesucristo? ¿Qué no debemos hacer para asemejarnos á este hombre que en el leño de la cruz llevó nuestros pecados en su cuerpo, para que muertos al pecado vivamos á la justicia? La sangre que salió de las llagas de Jesucristo, fué como un bálsamo sagrado, que curó todas las llagas de nuestra alma. Desterrados de la casa del Padre celestial, y salidos del redil despues de la desobediencia del primer hombre, éramos como unas ovejas errantes y descarriadas, y este divino Pastor vino á juntarnos en su redil. Todos nosotros éramos ovejas extraviadas, pues que cada uno seguia las ilusiones de su espíritu y las pasiones predominantes de su corazon.

Es fácil de advertir la correspondencia del Evangelio de la Misa del dia con la Epístola: el Salvador despues de haber hecho el

verdadero retrato de los Sacerdotes, de los Doctores de la ley, y de los Fariseos, haciendo el de los mercenarios y malos pastores, que huyen viendo venir el lobo, y que en lugar de apacentar las ovejas, las deguellan para comérselas; hace aquí el suyo con los mas vivos colores diciendo: „Yo soy el buen Pastor;” y lo prueba de un modo que no tiene réplica. El buen pastor, dice el Señor, ama tanto á sus ovejas, que no solo las lleva á apacentar á los pastos mas selectos y abundantes; no solo vela sin cesar sobre el rebaño, para que ninguna oveja se le vaya, para que el lobo no se entrometa; no solo estorba el que se descarrien cuando van al campo, sino que si una sola se extravía, deja el rebaño para ir á buscar á la que se ha perdido; y habiéndola encontrado, la carga sobre sus hombros, y la vuelve al redil. Ni se contenta con esto el cuidado y la ternura del buen pastor: pasa á dar su vida por sus ovejas.

Juzgad si perdonará á cuidados y penas. Pero añade, que el mercenario, el que no es el pastor, y á quien las ovejas no pertenecen, viendo venir al lobo, huye y abandona á su furor las ovejas que debia defender; huye porque es mercenario, y no lleva cuenta sino con su persona y su interés, y de ningun modo con el de las ovejas.

¡Qué de importantes lecciones nos da el Salvador en esta simple alegoría. En ella se pinta á sí mismo, é igualmente la conducta de los falsos doctores y de los malos pastores. El buen pastor da la vida por sus ovejas, se espone á todos los riesgos por salvar su rebaño, sufre las incomodidades de las estaciones, no hace caso del hambre, ni de la sed, con tal que apaciente su rebaño. Pero Jesucristo todavía llevó á mas alto grado su solicitud. No contento con haber sacrificado su reposo y aun su gloria, se ofreció sobre la cruz á su padre celestial como una víctima, para redimir con su sangre y con el sacrificio de su vida unas ovejas que, habiéndose descarriado, estaban á merced del lobo y bajo el poder del demonio. Este divino Salvador, dice San Gregorio, no contento con haber dado su vida por su rebaño quiere todavía alimentar y saciar con su propia carne las ovejas que ha redimido, y nada omite por su salud. Ved aqui el retrato y el modelo del verdadero Pastor, muy diferente sin duda del retrato del mercenario y del ladrón. Este, dice Jesucristo, no entra dentro del redil, sino para hurtar, para degollar y destrozar. El mercenario no usa de medios tan violentos, pero no daña ménos al rebaño. Como no bus-

ca sino su propio interés, como no da oídos sino á su pasión, como no se propone sino lo que le acomoda, se le da muy poco de que el rebaño padezca. ¿Quién no ve en la pintura que el Salvador hace del ladrón que entra con astucia en el redil, y del mercenario que sacrifica el rebaño á sus propios intereses? ¿Quién no ve bien espreso el carácter del herege, el de los falsos doctores, y el de los directores mercenarios? Todos éstos quizá tienen bastantes luces para ver de tiempo en tiempo, que el camino por donde llevan las ovejas no es seguro, y que los pastos en que las dejan pacer son venenosos. No importa: con tal que en ello tengan interés, los mueve poco la pérdida de las almas.

En la calma de la Iglesia, continúa San Gregorio, el pastor mercenario parece velar algunas veces en la guarda de las ovejas, del mismo modo que el verdadero pastor; pero si se presenta el lobo, entónces se conoce con qué espíritu guardaban su rebaño el uno y el otro. Cuando el lobo destroza y esparce las ovejas, es decir, cuando las almas fieles perecen por haber salido del redil, ¿el Pastor mercenario se siente con mucho celo para volverlas á él? Puede ser que sea él el primero que se descarrie; y que no buscando sino su utilidad temporal, mire con ojos indiferentes los males interiores que padece el rebaño.

Yo soy, añade el Señor, yo soy el Pastor bueno: yo conozco mis ovejas; y mis ovejas me conocen á mí. Despues de haber aprendido, carísimos hermanos, continúa el mismo San Gregorio: el riesgo á que estamos espuestos los pastores, aprended tambien de la mismas palabras de Jesucristo el que os amenaza á vosotros. Ved si sois verdaderamente del número de sus ovejas; ved si acaso os habeis salido de su redil; ved si lo conoceis bien con un conocimiento práctico, por el amor y por las buenas obras, y no por una simple y ésteril creencia.

Otras ovejas tengo todavía, dice el Salvador, que no son de este rebaño, y es menester traerlas á él: ellas oirán mi voz, y no habrá sino un redil y un Pastor. Todo el mundo ha visto el cumplimiento de esta profecía. Las otras ovejas eran los gentiles convertidos á la fé; no han hecho sino un mismo rebaño con los judíos, que han reconocido á Jesucristo por su Mesías. El romper el muro de division que separaba á estos dos pueblos, no podia ser sino obra de una religion del todo divina. Jesucristo, Soberano Pastor de las almas, no tiene sino un solo rebaño y un solo redil, y es impo-

sible tener dos. ¡Ay, pues, de los ovejas que se separan de este rebaño, y se salen de este redil!

Con motivo de este Evangelio, los obispos, que son los verdaderos pastores de todos sus diocesanos, establecidos por Jesucristo sobre su rebaño, que son los fieles, convocan su sínodo cada año esta semana, la cual se llama la semana del buen Pastor. Este sínodo es una convocacion que hace el obispo, de todos los curas de su diocesis, para formar algunos reglamentos, para hacer algunas correcciones, y para conservar la pureza de costumbres. Antiguamente se tenian estos sínodos dos veces al año, una en esta semana, otra en las calendas de Noviembre, esto es, de seis en seis meses con poca diferencia.

La Epístola es del capítulo II de la primera del apóstol S. Pedro.

Carísimos: Cristo padeció por nosotros, dándoos ejemplo para que sigais sus pisadas: el cual no cometió pecado alguno, ni se halló dolo en su boca, quien, cuando le maldecian, no retornaba maldiciones: cuando le atormentaban, no prorumpia en amenazas; antes se ponía en manos de aquel que le sentenciaba injustamente. El es el que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, á fin de que nosotros muertos á los pecados, vivamos á la justicia: y él es por cuyas llagas fuisteis vosotros sanados. Porque andábais como ovejas descarriadas: mas ahora os habeis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas.

El Evangelio es del capítulo X de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á los fariseos: Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, de quien no son propias las ovejas, en viendo venir al lobo, desampara las ovejas y huye; y el lobo las arrebatá, y dispersa el rebaño. El mercenario, pues, huye porque es asalariado, y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor; y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí: así como el Padre me conoce á mí, así yo conozco al Padre; y doy mi vida por mis ovejas. Aun tengo otras ovejas que no son de este aprisco, y es menester que yo las traiga; y oirán mi voz; y no habrá sino un solo rebaño y un solo Pastor.

MEDITACION.

De la misericordia de Dios para con los pecadores.

Considera que no hay al parecer cosa que el Salvador nos haya querido persuadir tanto, como la misericordia y mansedumbre con que mira á los pecadores: su Encarnacion, los misterios de su passion y de su muerte, sus discursos, sus espresiones, las parábolas de que se sirvió, todo nos predica, todo nos demuestra esta misericordia y esta predileccion, por decirlo así, para con los pecadores. Su misericordia es el mas glorioso de sus atributos; y aun puede decirse que es el atributo de que mas se precia. En efecto, ¿qué cosa mas pasmosa que el que un Dios haya querido hacerse hombre para salvar á los hombres que se habian perdido por el pecado? Comprende, si es posible, el incomprensible misterio de la Encarnacion, y comprenderás la inmensa grandeza, y la incomprendibilidad de su infinita misericordia. Pero se puede decir que en ninguna cosa se descubren mas bien los tesoros de la misericordia de nuestro Dios, que en las parábolas de que se sirvió el Salvador para pintárnosla, y en el modo dulce y afable que observó con todos. Si hizo el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, tambien se pintó á sí mismo en el modo impaciente, amable, preeminente, con que el padre de éste hijo disoluto lo recibió. No aguarda que el hijo llegue á casa: lo mismo fué verlo de lejos, que correr á él, abrazarlo, y ni aun le reconviene por sus desbarros; el gozo que tiene de verlo volver, le hace se olvide de sus desórdenes.

Considera que si la grande misericordia de Dios hácia los pecadores es para ellos un gran motivo de confianza, no deben tomar de ella ocasion para perseverar en sus pecados. No hay cosa mas perniciosa, ninguna mas criminal, que la falsa confianza. La misericordia no salva á aquellos, para los cuales es un motivo de condenarse. ¿Qué es lo que debe obrar la misericordia de Dios en el pecador? Un deseo sincero de convertirse; pues este es uno de los efectos de la misericordia de Dios; pero es una gran señal de que no hay mas misericordia para un hombre, cuando se sirve de ella, como de motivo para no convertirse. La misericordia debe inspirar la confianza inseparable del arrepentimiento. No puede subir mas de punto la malicia, que cuando llega á abusar de la bondad

de Dios, de la paciencia de Dios, y de la misericordia de Dios para perseverar en el delito: porque Dios es bueno, puedo yo tranquilamente ser malo; porque Dios es muy misericordioso, quiero ofenderle impunemente: es paciente, no debo temer apurar su paciencia. Dios es misericordioso, nada arriesgo en ultrajarlo: cuando me habré cansado de ofenderle, entonces recurriré á su misericordia. Si Dios fuera mas severo y menos bueno, yo seria menos malo, yo lo contemplaria mas, y me andaria con él con otro tiento. Hombre impío, comprende lo que la falsa confianza tiene de malicia y de impiedad, comprende si no toca á la justicia, y aun me atrevo á decir, á la honra de Dios, castigar con el último rigor un tan horrible delito, que en su obstinacion encierra, por decirlo así, la malicia de todos los demas delitos.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Qué lastimoso es mi estado, Dios y Salvador mio, cuando reconozco que yo he hecho ese abuso escandaloso de vuestra misericordia para mas ofenderos! ¡Ah, que mi iniquidad ha llegado al extremo! Y es necesario que al extremo tambien llegue mi penitencia para poder salir del abismo en que me hé precipitado. ¡Dios mio, sin vuestro auxilio nada puedo! Conviérteme y me convertiré; pues no quiero ya otra cosa que reparar los males pasados, y evitar aquellos á que pudieran arrastrarme mis vicios.

JACULATORIA.

Conviérteme, Señor, y me convertiré: sálvame y seré salvo.

LECCION.

De los medios para conseguir la perseverancia.

En la leccion anterior manifestamos, aunque brevemente, la necesidad que tenemos de perseverar en la gracia, una vez adquirida; veamos, pues, ahora cuáles son los medios que debemos usar para conseguir esa perseverancia. Este es el objeto de que nos vamos á ocupar el dia de hoy: ¡ojalá que podamos, lector cristiano, desempeñarlo del modo que sea de tu agrado, y sirva para tu aprovechamiento. Entre todos los medios que pueden conducirnos á la perseverancia, no hay otros mas eficaces ni mas fáciles de

practicar, que estos tres: desconfianza de nosotros mismos, frecuencia de sacramentos y oracion.

El primer medio de que nos debemos valer para perseverar en la gracia, en la paz del Señor y en su amistad, es la desconfianza de nosotros mismos; esto es, que no nos fiemos en nuestras propias fuerzas, creyendo que con ellas solas venceremos las tentaciones sin apartarnos de la ocasion, nos sobrepondremos á los peligros sin separarnos de las malas compañías, y evitaremos las recaidas sin abstenernos de todo lo que nos induce á ellas. Los apóstoles despues de la resurreccion de su Maestro tomaron esta precaucion: temerosos del furor de los judíos, se retiraron á un lugar apartado del comercio de las gentes, y cerraron las puertas. Pedro, el mas animoso de todos, aquel que soio se juzgaba soldado y ejército, se acuerda, muy á su pesar, de que á la voz de una criada habia negado á su divino Maestro; mas cuerdo despues de su caida que lo era valiente antes de ella, no parece sino que se encierra con los otros apóstoles en el cenáculo para no verse otra vez en la ocasion de negarle. Nosotros, pues, criaturas mas frágiles que lo eran entónces los apóstoles, debemos temer y desconfiar enteramente de nuestros fuerzas. La gracia que hemos recibido, es un tesoro precioso, y tesoro que llevamos en unos vasos frágiles. El mundo, el demonio y la carne nos lo quieren robar: cada ocasion es un peligro para perderlo. Conviene, por tanto, estar en vela sobre nosotros mismos, andar alerta, conservar bien este tesoro, resguardarlo con la práctica de buenas obras y de las virtudes conformes á nuestro estado: no hay que fiarse en que estamos convertidos: el pecado, aunque perdonado, deja en el alma cierta debilidad, cierta inclinacion al mal que ocasiona, y prontamente una nueva caida, si hay descuido en oponerse á ella. Para evitar esta desgracia, es necesario desconfiar de nosotros mismos, cerrar la puerta á nuestros sentidos, no dar una libertad indiscreta á nuestros ojos, á nuestros oidos y á nuestra lengua.

No hay cosa mas perniciosa ni mas criminal que la falsa confianza. La misericordia del Eterno no salva á aquellos para quienes es un motivo de condenarse: se puede temer muy racionalmente que no haya misericordia para un hombre, cuando se sirve de ella como de motivo para volver á pecar de nuevo. La misericordia inspira confianza, pero una confianza unida con el arrepentimiento. No hay malicia mas detestable que aquella que llega á abusar de

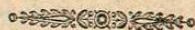
la bondad del buen Pastor, de su paciencia y de su misericordia. Porque Dios es bueno, ¿puedo yo ser tranquilamente malo? Porque Dios es misericordioso, ¿debo ofenderle impunemente? Y porque es paciente, ¿he de apurar su mansedumbre? ¿Hemos de ocurrir á su misericordia cuando nos háyamos cansado de ofenderle? Si Dios fuera mas severo y menos bondadoso, nosotros acaso seriamos menos malos, y obrariamos con mas tiento: temamos, pues, volver á caer en los pecados que se nos han perdonado.

El segundo medio para perseverar en la gracia, es la frecuencia de sacramentos. Somos frágiles y débiles, y estos son los remedios puestos por Jesucristo para nuestras enfermedades. ¿Mas cómo conservaremos la vida de la gracia, si solo los recibimos una ó dos veces al año? Damos por excusa la multitud de negocios y ocupaciones, que no nos permiten dedicarnos con frecuencia á los ejercicios de piedad; pero esto no es motivo suficiente para olvidarnos de nuestra alma, y abstenernos de los medios que el Señor nos ofrece para nuestra santificacion. Demos á nuestros negocios el tiempo necesario; pero no nos olvidemos del mas importante, que es el de nuestra salvacion. El apartarse de todo lo que nos conduce á Dios, es esponerse á perderlo todo. Del mismo modo que necesitamos reparar cada dia la fuerza de la vida corporal con el uso de los alimentos, que por una alteracion química convertimos en nuestra propia sustancia, necesitamos tambien mantener con el manjar divino la vida espiritual que una vez recibimos. ¿Mas cómo conservaremos esta vida, si no recurrimos á los medios que la han producido en nosotros; si no nos acercamos á Jesucristo que vino á la tierra á traer ese fuego celestial con el cual desea se abrasen nuestros corazones? Los que se condenen, no tendrán que replicar al Juez Supremo, cuando les haga ver la ninguna razon que tuvieron para dejarse morir espiritualmente, siéndoles tan fácil mantener su salud y vida espiritual, comiendo su cuerpo que para este fin les habia dejado. ¿Será posible dejarse morir, teniendo á su disposicion el árbol y el fruto de la vida? Acerquémonos, pues, á los sacramentos; no seamos de aquellos insensatos que considerando las grandes disposiciones que se requieren para comulgar bien, determinan mejor el no comulgar. ¡Esfugio vano, insensatez horrorosa! Lo que hemos de inferir de aquella proposicion, no es esta consecuencia, sino esta otra:

luego debó esforzarme á comulgar dignamente. Dios no quiere imposibles, nos pide aquello que podemos hacer. Tengamos presente que nos es tan necesario para nuestro aprovechamiento espiritual el comulgar bien, como el comulgar con frecuencia. Recibir en pecado la sagrada Eucaristía, es hacerse reo del cuerpo y sangre de Cristo; mas tambien lo es en cierto modo el abstenernos de recibirlo por no trabajar en disponernos. El primero convierte el antídoto en veneno, el otro desprecia el antídoto. El uno bajará al infierno como un sacrilego, mientras el otro tambien bajará como un negligente: el uno porque abusó, y el otro porque no se aprovechó de los santos sacramentos. ¡Cruel alternativa! ¿Qué remedio para evitarla? El comulgar digna y frecuentemente. La confesion y comunión con las disposiciones necesarias, son para nuestra alma semilla de salvacion y de gracia acá en la tierra, y de gloria é inmortalidad allá en el cielo.

El tercer medio para perseverar en la gracia, es la oracion. La perseverancia es el mayor de todos los dones; es el sello de nuestra predestinacion. Este don singularísimo no depende de los méritos de nuestro libre albedrío, ni menos de los de nuestro capricho y falsa devocion, sino de solo Dios: es necesario pedirselo con instancia, porque Dios solo oye á la oracion fervorosa y constante. Al efecto, acompañemos nuestra oracion con las buenas obras; porque si aquella es no mas de boca, si nuestro corazon niega lo que pronuncian nuestros labios, en vez de orar, insultaremos á Dios, haciéndole protestas, que al mismo tiempo que las hacemos, proponemos en nuestro interior lo contrario, y pidiéndole cosas que de ninguna manera apetecemos, como el que nos libre de las ocasiones de pecar, cuando nuestro corazon está haciendo propósito de no apartarse jamas de ellas. Adelantemos, pues, en la práctica de la virtud; *que vuestra caridad*, dice San Pablo, *abunde mas y mas en ciencia y en todo conocimiento. Para que aproveis lo mejor, y seais sinceros, y sin tropiezo para el dia de Cristo. Llenos de fruto de justicia por Jesucristo, para gloria y loor de Dios.* Sea pues nuestra caridad cada dia mayor, mas perfecta y mas ilustrada, tanto para con su principal objeto, que es Dios nuestro buen Pastor, como para con nuestro prójimo, imágen del mismo Dios, y alma redimida con el precio infinito de la sangre de Jesucristo. Sea nuestra conducta pura é inocente, caminando por las sendas de la piedad y de la justicia hasta el fin de nuestra vida, hasta el dia

terrible en que tengamos que presentarnos delante de Dios. Si somos justos, santifiquémonos cada día mas y mas; no hay que fiarse sobre nuestras buenas obras pasadas. ¡Cuántos ha habido que despues de haber llevado desde su infancia el yugo suave del Señor, y llegado á viejos con cierta especie de santidad, por un efecto solo de su orgullo y de la vana confianza en sus fuerzas, no tuvieron al fin la gracia final? Si somos pecadores, no dilatemos mas la conversion: no olvidemos que Dios ordinariamente no concede la gracia de la perseverancia, sino á aquellos que han tenido una vida santa: es tiempo ya de entregarse al servicio de Dios entera y perfectamente. El que mira atras, dice Jesucristo, despues de haber echado mano á la esteva, no es apto para el reino de Dios. Guardémonos, pues, de esta falta, asegurémonos en las buenas resoluciones que hemos formado, usemos de los medios que nos pueden mantener en ellas, para que así consigamos el fruto de nuestros trabajos, y la perseverancia final.



TERCER DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

El tiempo pascual es, por decirlo así, una fiesta continuada, que á los verdaderos fieles les inspira un gozo espiritual, semejante al que sienten los esclavos, cuando despues de un largo cautiverio consiguen por fin la libertad. Por la muerte y resurreccion del Salvador, hemos salido nosotros de la esclavitud; y así es muy justo que sintamos el gozo puro y perfecto que debe inspirarnos nuestra dichosa libertad en todos estos dias á quienes se da el nombre de tiempo pascual, y esto es lo que nos inspira la Iglesia en sus oficios.

La Misa de este dia empieza por estas palabras del Salmo 65, que se puede llamar un cántico de gozo; el cual no cesaban de cantarlo los judíos despues de su cautividad: Pueblos de toda la tierra: testificadle al Señor vuestro gozo; celebrad su gozo con vuestros himnos, dadle la gloria que le es debida y no ceséis de bendecirle, de darle gracias, de cantar sus alabanzas, de amarle, de glorificarle. Decid á Dios: ¡Qué terror inspiran, Señor, vuestras obras! cuando os place estender vuestro brazo, dais bien á conocer á vuestros enemigos que en vano pretenden resistiros. Este Salmó es propia-

mente aplicado al misterio de la Resurreccion en sentir de San Agustín, y de los demás santos padres. Se ve en él á todo el pueblo judaico, dar gracias á Dios por su libertad. Los judíos, libertados de su cautividad son figura de los gentiles en particular, y de todos los hombres sacados de la esclavitud del demonio por el bautismo.

La Epístola de la Misa de este dia contiene una exhortacion que San Pedro hace á los fieles, para que se miren como extranjeros y caminantes en este mundo. Habiéndonos hecho Jesucristo por su muerte y Resurreccion, hijos adoptivos de Dios y coherederos de la gloria que nos mereció, nos hizo al mismo tiempo ciudadanos de la patria celestial. Vosotros, dice el apóstol: „Ya no sois extranjeros y advenedizos, sino ciudadanos de los Santos y de la casa de Dios. Debemos pues mirar el cielo como nuestra verdadera patria; á la vida la hemos de considerar como un viage que hacemos por un pais extraño: mas la vida es demasiado corta para no creer que el viage haya de ser demasiado largo; por lo comun apenas se ha comenzado, cuando se toca en el término. Sobre este principio os conjuro, dice el apóstol San Pedro, como á, extranjeros y caminantes que sois, á que os abstengais de los deseos de la carne, que hacen la guerra al espíritu. Llama aquí el apóstol deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu, á aquellos movimientos involuntarios de la concupiscencia, á aquella propension é inclinacion al mal de que viven esclavos los pecadores, y que viene á ser para los justos una ocasion de mérito por la violencia que se hacen para resistir á ellos. En este mismo sentido dice el apóstol San Pablo en la carta á los romanos, que ve en los miembros de su cuerpo una ley que se opone á la ley de su espíritu. Esta ley del espíritu es la ley de Dios, es la voz de la conciencia, son los piadosos movimientos de la gracia, son las inspiraciones santas que nos llevan á obrar la justicia y la virtud. El enemigo doméstico que tenemos en nosotros, es esta concupiscencia, esta propension al mal, contra la cual debemos estar continuamente alerta. La guerra es perpetua, no hay esperanza de paz, ni aun de tregua: es preciso pelear siempre y no dejarse jamas vencer.

Observad con los gentiles, continúa el Santo apóstol, una conducta regular para que al mismo tiempo que nada omiten para desacreditaros con el mundo por el mal que dicen de vosotros, tengan la confusion de verse desmentir delante de todo el mundo